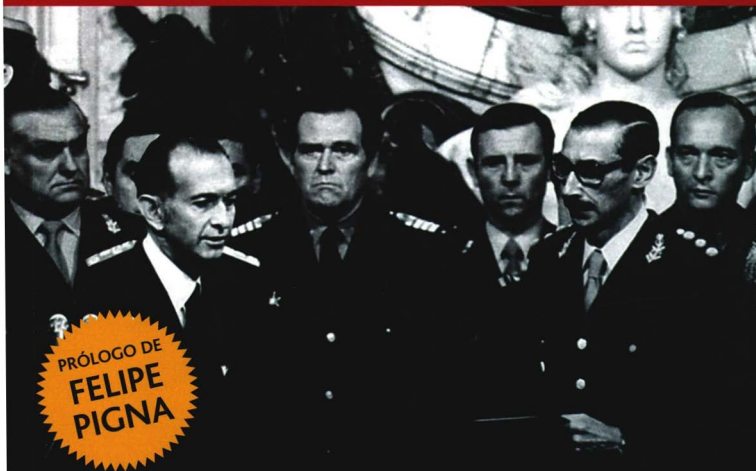


VICENTE MULEIRO


1976

EL GOLPE CIVIL

EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA



PRÓLOGO DE
FELIPE
PIGNA

Espejo de la Argentina  Planeta



VICENTE MULEIRO es escritor y periodista. Ha publicado las novelas *Quedarse con la dama* (1994), *Sangre de cualquier grupo* (1996), *Cuando vayas a decir que soy un tonto* (2004, finalista del premio Planeta 2003), *La balada del asador* (2006) y *Sangre en el viento* (2015). Junto con María Seoane escribió *El dictador: la vida secreta y pública de Jorge Rafael Videla* (2001), es autor de *1976. El golpe civil* (2011) y de *Los Garcas* (2013, junto con Hugo Muleiro).

También escribió los libros para chicos *Don Perro de Mendoza* (2003), *Los cachorros de Don Perro* (2009), *Cacao del mar* (2009), *Los guerreros de French* (2010), *Los cuentos de don Vicente Nario* (2010) y *Los Olímpicos*, entre otros.

Como poeta publicó *Para alguien en el mundo estamos lejos* (1978), *Boleros* (1982), *Pimienta negra* (1990), *El árbol de los huérfanos* (2000), *Milongas de modo tal* (2003), *Ondulaciones* (2009) y *Los goliardos* (2012). También compiló y prologó las obras de los poetas Roque Dalton (*Con manos de fantasma*, 1998) y Antonio Gamoneda (*Lengua y herida*, 2002). Realizó la antología de cuentos de boxeo *De puños y letras* (2001).

Estrenó tres obras de teatro, entre ellas *Vidé/la muerte móvil*. En periodismo trabajó en los diarios *Sur Argentino*, *Crónica* y *Clarín*, entre otros. También en el semanario *El Periodista*. Fue editor de la revista cultural *Ñ* y subdirector de Radio Nacional, donde condujo el programa *Vía libro*.

Prólogo

por Felipe Pigna

Hasta 1976, el 24 de marzo remitía en las efemérides a dos hechos auspiciosos y democráticos: el 24 de marzo de 1816, se inauguraban las sesiones del Congreso de Tucumán que proclamaría nuestra independencia y tres años antes, un 24 de marzo, la Asamblea del año XIII terminaba para siempre con la nefasta Inquisición en todo el territorio del ex virreinato del Río de la Plata.

Seguramente ni los congresales de 1813 ni los de 1816 estaban en condiciones de sospechar que la inquisición volvería corregida, actualizada y aumentada un 24 de marzo de 1976.

Los uniformados y sus socios civiles venían a imponer un nuevo modelo de sociedad, a terminar con todo conato de desarrollo nacional independiente y a disciplinar a una sociedad con una larga tradición de lucha y conciencia gremial. Así lo expresó claramente el general Videla en la cena de camaradería de las Fuerzas Armadas, el 8 de julio de 1976: «La lucha se dará en todos los campos, además del estrictamente militar. No se permitirá la acción disolvente y antinacional en la cultura, en los medios de comunicación, en la economía, en la política o en el gremialismo».*

* *La Nación*, 9 de julio de 1976.

Es saludable no olvidarse de aquel fatídico 24 de marzo de 1976, cuando las Fuerzas Armadas asumieron el poder político como representantes de las clásicas minorías a las que, en ese contexto, les era imposible acceder al gobierno por el voto popular. Para aplicar aquella «reorganización nacional» —que gustaba imaginarse a sí misma como la continuadora de la «Organización Nacional» iniciada por el general-historiador-periodista Bartolomé Mitre en 1862—, los usurpadores del poder creyeron necesario destruir todo vestigio de oposición a aquel modelo antinacional, de concentración de la riqueza en pocas manos y socialización de la miseria.

Se había perpetrado un nuevo golpe de Estado cívico-militar que, al igual que los anteriores, contaba con el apoyo de importantes sectores: los grandes grupos económicos, nacionales y extranjeros; ciertos comunicadores sociales que colaboraron en la preparación de la sociedad para aceptar el golpe como única alternativa para salir de la crisis; la jerarquía católica; dirigentes políticos y sindicales que aunque no dieron un apoyo explícito, tampoco se pronunciaron claramente en contra. El nuevo gobierno contaba también con el desconcierto y las expectativas de una población que, harta del desastroso gobierno de Isabel Perón, la inflación, el desabastecimiento, la violencia cotidiana y los errores y horrores de la guerrilla, había llegado a creer que un «gobierno de orden» traería las soluciones esperadas.

Las primeras medidas de la dictadura encabezada por el general Jorge Rafael Videla, ungido presidente por sus pares, no dejaron lugar a dudas sobre su carácter: establecimiento de la pena de muerte, clausura del Congreso Nacional y de todas las legislaturas provinciales y municipales, reemplazo de todos los miembros de la Corte Suprema de Justicia por jueces adictos al nuevo régimen, allanamiento e intervención de los sindicatos, prohibición de toda actividad política y censura previa sobre todos los medios de comunicación.

Prólogo

Los ministerios, con excepción del de Economía y el de Educación, fueron ocupados por militares. Los gobiernos provinciales también fueron repartidos en su mayoría entre uniformados de las tres fuerzas. Hasta los canales de televisión fueron adjudicados con ese criterio. Se creó, según decían ellos en reemplazo del Congreso, la Comisión de Asesoramiento Legislativo (CAL), también integrada por civiles y militares, cuyas funciones nunca se precisaron detalladamente. Las intendencias municipales fueron asignadas en su gran mayoría a civiles de diferentes partidos políticos, con predominio de los miembros del radicalismo y del peronismo.

El ministro de educación Llerena Amadeo llegó a proponer que: «Para una mayor convivencia social es conveniente que quienes no son cristianos sepan cuál es la concepción cristiana que tiene la mayoría de la población sobre estos temas. El nuestro es un país occidental y cristiano y no se puede dejar de mostrar a los futuros ciudadanos qué significa tal concepción».*

Pero ¿cuáles eran esos valores «occidentales y cristianos» que los genocidas militares y civiles decían defender? Históricamente, se ha vinculado la tradición occidental con la democracia y la plena vigencia de los derechos elementales del hombre. Se oponía el modelo democrático occidental a las tiranías, teocracias y regímenes autoritarios ubicados por los propios occidentales en la tradición oriental.

En cuanto a lo cristiano: la solidaridad, la misericordia, la comunión, el amor al prójimo hasta el sacrificio, la dignidad de la persona humana, a lo que habría que sumarle los diez mandamientos, de los cuales los terroristas de estado no dejaron uno solo sin violar.

Se decía en no pocos documentos oficiales que la «subversión» utilizaba la droga como medio de captación de los jóvenes y se hablaba de sus efectos devastadores para el individuo

* *La Nación*, 15 de julio de 1979.

y la familia. La historia nos recuerda que en 1980, la dictadura de Videla colaboró activamente con hombres, armas, dinero y logística con el llamado «golpe de la cocaína» perpetrado en Bolivia por generales vinculados al narcotráfico encabezados por García Meza. Uno de los responsables del apoyo argentino, el general Suárez Mason, presidente y aniquilador de la petrolera estatal YPF —a la que dejó con una deuda de seis mil millones de dólares— y responsable de la represión en el 1^{er} Cuerpo de Ejército, fue condenado años más tarde por una corte de los Estados Unidos por tráfico de drogas y vinculación con el narcotráfico internacional.

La contradicción entre los dichos y los hechos no es nueva en nuestra historia, ya que los conservadores argentinos, autodenominados liberales, que han detentado el poder durante la mayor parte de nuestra historia y lo hicieron durante la dictadura han hecho del doble discurso su forma de hacer política. Uno de ellos, José Alfredo Martínez de Hoz, le aclaraba al país en 1977: «No somos unos ogros que han sacado del fondo de una caverna para hacer sufrir a la gente, sino que somos seres humanos, igual que todos ustedes que me están escuchando; que hemos sido sacados de nuestras casas convocados por las Fuerzas Armadas, que han salido a superar una crisis tremendamente grave en la historia política, económica y social argentina; que hemos abandonado una vida más cómoda, más provechosa y también nuestra vida familiar».

El Estado, que mediante la recaudación de impuestos debe garantizar a los ciudadanos educación, salud, seguridad y justicia, se convirtió en terrorista, transformándose en un poderoso instrumento de represión, ignorante del derecho en general y de los derechos humanos más elementales, cuyo objetivo era reorganizar en sentido regresivo la sociedad argentina entronizando la injusticia, la insensibilidad social y la ignorancia.

La censura llegó a todos los órdenes, desde los medios masivos hasta la vida cotidiana. Fueron cerradas las carreras

universitarias de Psicología y Antropología y, en la provincia de Córdoba, llegó a prohibirse la enseñanza de la matemática moderna por considerársela subversiva.

La barbarie del nuevo gobierno y su desprecio por la cultura quedaron claramente sintetizados por el almirante Masera, miembro de la Junta: «La crisis actual de la humanidad se debe a tres hombres. Hacia fines del siglo XIX, Marx publicó tres tomos de *El capital* y puso en duda con ellos la intangibilidad de la propiedad privada; a principios del siglo XX, es atacada la sagrada esfera íntima del ser humano por Freud, en su libro *La interpretación de los sueños*, y como si fuera poco, para problematizar el sistema de los valores positivos de la sociedad, Einstein, en 1905, hace reconocer la teoría de la relatividad, donde pone en crisis la estructura estática y muerta de la materia»*.

Así hablaban los supuestos defensores del pensamiento «occidental y cristiano».

A dos días de producido el golpe militar, el Fondo Monetario Internacional le otorgó un crédito a la flamante dictadura y anunció su satisfacción por la designación del nuevo ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz.

La opinión del *establishment* internacional le era unánimemente favorable. El banquero David Rockefeller declaraba: «Siento gran respeto y admiración por Martínez de Hoz. Es muy obvio para mí, como para todo el segmento bancario y económico internacional, que las medidas de su programa son las indicadas»**.

Mientras Martínez de Hoz aplicaba los conceptos económicos monetaristas de la Universidad de Chicago, los militares aplicaban la Doctrina de Seguridad Nacional aprendida en la

* *La Opinión*, 26 de noviembre de 1977.

** *Gente*, 6 de abril de 1977.

academia de West Point y la Escuela de las Américas de Panamá. Represión y plan económico iban de la mano.

Se aplicó un primer plan de ajuste aconsejado por el inefable FMI: liberación de precios, devaluación del peso, congelamiento salarial y disminución del déficit fiscal. Las consecuencias fueron que en el primer semestre de 1976 los precios al consumidor aumentaron el 87,5 por ciento, garantizando la tasa de ganancia de los sectores dominantes. Para disminuir el déficit fiscal, se redujeron los sueldos, se despidió personal estatal y se aumentaron los impuestos al consumo y las tarifas de las empresas públicas. La pérdida del poder adquisitivo del salario real fue del 40 por ciento, lo que implicó una transferencia de ingresos de los asalariados al sector privado del 17 por ciento del Producto Bruto Interno.

Entre los grupos de poder locales se respiraba un aire fresco: el que daba contar con uno de ellos en un puesto clave para sus negocios. A no pocos miembros de la clase media comenzó a caerles simpático aquel hombre de orejas exageradas cuando, retrasando el tipo de cambio, les permitió viajar a Miami y competir por comprar al menos dos productos igualmente inútiles. Era la época en que la plata empalagaba a quien sabía especular y su ausencia amargaba los estómagos de los trabajadores que veían cerrar sus fábricas y fuentes de trabajo ante la desleal competencia del ingreso irrestricto de todo tipo de artículos importados.

Pero no todos callaron. Entre ellos, los organismos de derechos humanos, con las Madres y Abuelas a la cabeza, y sectores del movimiento obrero que entre 1976 y 1979, en la etapa más feroz de la represión, llevaron adelante más de trescientos conflictos gremiales.

Tras la debacle económica del 80 y la desastrosa derrota en la Guerra de Malvinas, los militares y sus socios civiles se autoamnistiaron y estatizaron sus gigantescas deudas privadas. Comenzaban a preparar su retiro del gobierno, lo que no

Prólogo

incluía perder sus posiciones dominantes de poder en el campo económico y financiero.

Vicente Muleiro hace en este libro un aporte realmente extraordinario al estudio del período más negro de la historia argentina. *El golpe civil* nos brinda una colección de argumentos para sostener con la fuerza de la verdad el calificativo de golpe cívico-militar a aquel horror, y para hacerlo en ese orden, porque fueron los civiles los que lo planificaron y avalaron todo lo hecho con el objetivo de disciplinar a sangre y fuego a uno de los movimientos obreros más rebeldes y conscientes de Latinoamérica, garantizarse el manejo del aparato estatal y la obtención de ganancias siderales fuera de toda lógica, aun la del mercado. El autor de esta obra imprescindible se ocupa de los verdaderos gestores y beneficiarios del golpe: los civiles que, a partir de conformación del grupo apadrinado por Jaime Perriau, planificaron y ejecutaron el golpe de Estado con las Fuerzas Armadas como guardia pretoriana. Nada escapa al completo análisis de Vicente: el rol de la prensa y los negocios asociados, el papel cumplido por los partidos políticos, las llamadas asociaciones empresarias y los currículum de los inspiradores y justificadores de la masacre, no pocos de ellos activos y enriquecidos en los tiempos que corren.

Los activistas del Mal Argentino son civiles –fundamentalistas, cuartele-
ros o camaleones democráticos, según el clima de época– que sólo disi-
mulan su ansia de dominación total cuando la sociedad les pone freno.
Por eso es falso de toda falsedad ver a las Fuerzas Armadas como un pulpo
retráctil que se cerró sobre sí. La demonización militar de esos años bien cabe
a la luz de la matanza que produjeron. Pero no sirve para que detrás de ella se
escondan los civiles carniceros que la prohicieron...

La certeza de que la única alternativa política era el "saneamiento" total del país cobró vida formalmente el 24 de marzo de 1976. Un abanico ideológico que incluía el nacionalismo clerical antisemita, un antiperonismo rugiente, la formación prusiana de las milicias argentinas y un liberalismo embelesado con las ganancias multinacionales creó las condiciones propicias para el Proceso de Reorganización Nacional.

El protagonismo de los hombres de armas resulta innegable: el Ejército, la Fuerza Aérea y la Marina integraron un combo explosivo, responsable directo de la sangría espeluznante de aquel momento. Pero todo hubiera cambiado si un grupo de poderosos empresarios y hombres de negocios no hubiese sido el soporte ideológico y económico de la dictadura. Los sectores civiles de pensamiento más rancio funcionaban como socios de los monopolios extranjeros. El cálculo fue entonces perfecto: el proyecto económico de un grupo reducido requería de una "limpieza ideológica" que llevaría a cabo un brazo armado solidario. Y la dupla Videla-dictador/Martínez de Hoz-ministro de Economía es la que mejor expresó ese combo siniestro.

Este es sin duda un libro que estaba faltando para el análisis de la historia argentina reciente. Vicente Muleiro entrega una investigación cruda y seria con información hasta hoy desconocida sobre los participantes civiles del golpe militar de 1976. ¿Quiénes fueron? ¿Dónde estaban? ¿Dónde están ahora? Empresarios, terratenientes, hombres del clero, periodistas: una serie horrorosa y por momentos inesperada de nombres que participan del desarrollo ininterrumpido de un plan maquiavélico y de la indiferencia soberana ante las consecuencias.

